

# EL VOLCÁN

KLAUS MANN

# EL VOLCÁN

Una novela de emigrantes

Traducción de Isabel García Adánez



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Der Vulkan*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Pepe Far

Primera edición: octubre de 2022

© de la traducción: Isabel García Adánez, 2003, 2022

© del prólogo: Isabel García Adánez, 2022

© de la presente edición: Edhasa, 2003, 2022

Diputación, 262, 2.º1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

ISBN: ISBN: 978-84-350-1158-7

Impreso en Liberdúplex

Dep.Leg.: B 13378-2022

Impreso en España

«Nuestro destino dispone por nosotros  
aunque no lo conozcamos aún;  
es el futuro que marca las reglas  
de nuestro presente».

FRIEDRICH NIETZSCHE,  
prefacio de *Humano, demasiado humano*

## Prólogo a esta edición\*

### UNA EXISTENCIA SOBRE EL VOLCÁN

La expresión alemana «bailar sobre el volcán» es equivalente a «jugar con fuego», vivir al límite, correr riesgos extremos... Entendiendo un poco la metáfora, podemos pensar también en «vivir mirando al abismo», en palabras de Nietzsche; decía que, si se hacía en exceso, el abismo acababa devolviéndote la mirada. Así puede decirse que fue la vida del segundo hijo de Thomas Mann, él mismo conocedor de la tentación de asomarse al borde del abismo como efecto de una especie de atracción fatal que se cernía sobre toda la familia. Es curioso hasta qué punto encontramos rasgos de carácter de las personas reales proyectados en la ficción que muchos de ellos escribieron, y resulta casi imposible hablar de los vástagos del Premio Nobel sin referirse también a él y sin vincularlos entre sí.

Klaus Heinrich Thomas Mann, apodado «Eissi» y no en vano portador de los nombres de su padre y su tío (a su vez, los dos nombres del padre de ambos), nació el 18 de noviembre de 1906, casi un año exacto después de la primogénita, Erika (9 de noviembre del año anterior), favorita del padre hasta que llegó Elisabeth, «la niña», en 1918. Sin ser Klaus nunca su ojo derecho precisamente, el padre dice de él en sus diarios que «Eissi es el más dulce de nuestros niños, con todos mis respetos hacia la sensata Erika»; y, ya de adulto, elogiaría en alguna ocasión su valor (por ejemplo, por reconocer su homosexualidad sin tapujos des-

\* Que también puede leerse al final o en cualquier momento.

de muy joven) y su talento, si bien Klaus recuerda en su segunda autobiografía (*El punto de inflexión* [*Der Wendepunkt*], de 1942) que la máxima expresión de cariño que le dedicó su padre fueron, en una despedida, estas palabras: «Vuelve a casa, si eres desgraciado», como dando por hecho que, sin lugar a dudas, lo sería. Hoy que conocemos en detalle las vidas y obras de ambos, cabe interpretar estas palabras como que «el Mago» —así apodaban a Thomas Mann sus hijos, aparte de T. M. (*sic*)— adivinaba en su hijo todos aquellos peligros de los que él consiguió escapar mejor (y mejor también que los personajes de sus novelas, a menudo proyecciones de ese peligro mortal).

En su biografía familiar, Marianne Krüll señala la sensación de desamparo y de terror a la oscuridad que marcó a Klaus por la conciencia tempranísima de la «cercanía de la muerte»,\* que él mismo describe en su primera autobiografía (*Hijo de este tiempo*, de 1932). Los terrores infantiles de Eissi (a quien Erika metía más miedo todavía, contándole historias macabras con las que él, a su vez, atormentaba luego a Golo, tres años menor), no sólo fueron fruto de su desbordante imaginación, sino también de la ausencia real de la madre, Katia, quien prácticamente desde el nacimiento de Monika, en 1910, tuvo que pasar casi dos años de repetidos ingresos en sanatorios de los Alpes por problemas de tuberculosis.\*\* Los cuatro hermanos, aún muy pequeños, pasaban el día solos, a cargo de niñeras autoritarias y nada cariñosas, en la casa de campo de Bad Tölz, con mucho miedo de no vol-

\* La idea de la cercanía de la muerte, de la «excesiva conciencia de la muerte», es un tema recurrente en *La montaña mágica* (1924). En realidad, es el mal del que adolece el protagonista, Hans Castorp, probablemente como proyección de las experiencias de su autor, Thomas Mann. Es curioso cómo Klaus, en ocasiones, comparte experiencias vitales con los protagonistas de las obras de su padre, poniendo de relieve que, a pesar de la mala relación entre ambos, es posible que ésta se debiera a una semejanza de fondo que no se da con otros hijos, como con Erika, por ejemplo.

\*\* El más largo de ellos, diez meses seguidos en 1911, es la estancia en el sanatorio de Davos, que sirve a Thomas de inspiración para *La montaña mágica*.

ver a ver su madre; miedo reforzado porque, en enero de 1909, había fallecido en circunstancias dudosas el hermano preferido de ésta, su tío Erik Pringsheim, al que todos querían mucho;\* y, además, en 1910 se suicidó la tía Carla, una de las hermanas del padre (aunque estaba más unida a Heinrich). Carla había fracasado como actriz y era adicta a la morfina, y no pudo superar un fracaso amoroso que no era el primero ni el segundo. De ninguno de estos casos se quería hablar en la casa, pero el tabú no hizo sino impregnar de oscuridad el ambiente familiar, alimentando las fantasías truculentas y el desasosiego vital que marcó, más que a ninguno, a Klaus.

En 1915, estuvo él al borde de la muerte, desahuciado después de una cruenta operación de urgencia de peritonitis, aunque sobrevivió gracias a que su madre, ya recuperada y en casa hacía un par de años, pasó la noche entera dándole friegas con agua de colonia para bajarle la fiebre; tal vez el pequeño vivió aquella noche, de manera subconsciente, como la anhelada muestra de amor y señal de que vivir merecía la pena.\*\* Thomas Mann recoge el dolor ante la idea de perder a Eissi en *El cantar de la niña*, de 1918:

Cuando el mayor, aquel niño especial, tan hermoso,  
vio de cerca la muerte, sometido al bisturí del cirujano,  
abiertas las entrañas, convertido en muñequito de madera  
el que antes bullía de vida, inconsciente y a punto de  
[perderla,

\* La misteriosa muerte de Erik es una novela: oficialmente murió en un duelo con el amante de su mujer, con quien vivía en la Patagonia, pero la familia sospechó que podrían haberlo asesinado y denunció a la viuda. Sin embargo, el estado del cadáver, repatriado en barco hasta Alemania, no permitió determinar la causa de la muerte.

\*\* Comparando la realidad con la ficción, algo que surge constantemente cuando se leen obras de cualquiera de los Mann, aquí se podría encontrar un paralelismo con el episodio de *Los Buddenbrook* (1901) en que se describe la enfermedad de Hanno (el tífus) y las ganas de vivir como clave de su recuperación.

casi se me parte el corazón con tan amargo sufrimiento,  
y lloramos juntos la madre y yo [...]\*

Sin embargo, ésta es una obra menor, y para Klaus tiene mucho más peso la mala imagen que el padre ofrece públicamente de él y de Erika en *Desorden y dolor precoz (Unordnung und frühes Leid)*, de 1926. La descripción del personaje del hijo del escritor protagonista como un joven payaso que aspira a ser bailarín, pero que es tan flojo que no alcanza ni a tomar conciencia de su propia falta de talento, dolió a Klaus hasta el punto de escribir él, en revancha, la *Novela de niños (Kindernovelle)*, que se desarrolla en una constelación familiar de sospechosa semejanza con la suya, pero en la que el padre ha muerto. Luego nunca llegaría a matarlo del todo, ni en la realidad ni en la ficción, pero aquí se agranda una brecha entre ambos que ya llevaba años abierta.

Uno de los motivos era que, desde adolescentes, tanto Klaus como Erika prefirieron la bohemia, el teatro y vivir la noche muniquesa a emprender una trayectoria ordenada y terminar el bachillerato (los únicos que estudiaron e hicieron una brillante carrera académica fueron Golo y Elisabeth, «la niñita»); pero como también Heinrich y Thomas habían sido pésimos estudiantes, nada pudo impedirles trasladarse, para empezar, a Berlín, y lanzarse a los escenarios con cierto éxito.

Se hacían pasar por mellizos y a menudo iban disfrazados, ambos de hombre o ambos de mujer, llevaban el mismo corte de pelo, posaban en la misma postura, jugando a los dobles, y cabe imaginar que se intercambiarían la ropa, pues por las fotos se ve que se habían asimilado hasta el punto de ser confundidos

\* *El cantar de la niñita. Idilio* [Gesang vom Kindchen. Eine Idylle], en Thomas Mann, *Cuentos tardíos (1919-1953)*, *Cuentos Completos II*, Penguin Random House, Barcelona, 2021, p. 98. La traducción es mía.



(es más, Erika es de compleción algo más atlética y un poco más alta que su hermano). Empezaron a actuar en obras escritas por Klaus como *Kaspar Hauser* (1924) o *Anja y Esther* (de 1925). Al grupo se habían sumado las hijas de dos célebres dramaturgos del momento, Thea Sternheim y Pamela Wedekind, con quien Klaus se comprometió en 1924, aunque nunca llegaron a casarse,\* entre otras cosas porque él era homosexual y nunca había tratado de ocultarlo. Todo el mundo lo sabía desde la publicación de su primera novela: *La danza piadosa* [*Der fromme Tanz*], de 1925. Erika sí se casaría en 1926 con otro miembro de la cuadrilla: Gustaf Gründgens, quien sin duda lo hizo por interés, pues también era homosexual. Se convertiría en uno de los actores de moda en los años treinta y, más adelante, inspiraría el personaje principal del *Mephisto* de Klaus.

Es evidente que Erika y Klaus no podían vivir el uno sin el otro y lo hacían todo juntos. Ninguno tuvo nunca una pareja estable,\*\* aunque tampoco existen indicios de una relación indebida entre ellos. El tema del amor entre hermanos y del peligro que supondría un roce físico está muy presente en las obras de Klaus; sobre todo en *Hermanos* [*Geschwister*], su versión teatral de *Les enfants terribles* de Jean Cocteau (1930), con la que escandalizaron a los burgueses, en especial a sus padres, y triunfaron sobre los escenarios junto con Pamela y Gustaf, y en *Encuentro en el infinito* [*Treffpunkt im Unendlichen*], de 1932. En su caso, más se trata de una simbiosis propia de muchas parejas de gemelos y mellizos: juntos recorren el mundo —van a Italia, a

\* Pamela Wedekind se casó luego con Carl Sternheim, el padre de su amiga.

\*\* El segundo marido de Erika fue W. H. Auden. Igualmente homosexual, contrajo matrimonio con ella por amistad y pura conveniencia, esta vez en favor de Erika, para que le concedieran la nacionalidad inglesa y pudiera marcharse de Alemania (en 1934). Erika tuvo amigas íntimas, como Therese Giese y la propia Pamela Wedekind en los años treinta, pero nunca escribió nada que diera pistas sobre relaciones sentimentales con mujeres más allá de la amistad. Annemarie Schwarzenbach estuvo profundamente enamorada de ella y sí escribió al respecto, pero Erika no la correspondió.

Londres y a París, a América, a España, al norte de África...— y escriben varios libros a cuatro manos: *Rundherum. Ein heiteres Reisebuch* (*Una vuelta al mundo*) publicado en 1929; *Das Buch von der Riviera* (*El libro de la Riviera*), de 1931; *Escape to Life. Deutsche Kultur im Exil* [*Huida hacia la vida. La cultura alemana en el exilio*], de 1939 y *The Other Germany* [*La otra Alemania*], en 1940.

En uno de sus muchos viajes visitan Marruecos, donde Klaus amplía sus experiencias con las drogas, sus más fieles compañeras de vida. Para vencer la angustia y el insomnio, recurre a las drogas; para poder sacar adelante el imponente volumen de trabajo de cada día, recurre a las drogas; para mantenerse despierto y animado durante las imprescindibles salidas nocturnas, recurre a las drogas. Con ellas encadena desengaños amorosos, un motivo más que le quita el sueño, pero tiene montañas de trabajo... Se mueve como un auténtico poseso en un círculo vicioso, en una constante «danza sobre el volcán».

En cierto modo, este amor por los viajes y la vida inestable también fue una manera de huir de un entorno familiar muy burgués y, una vez más, marcado por muertes trágicas: en 1927 se había suicidado otra de sus tías, Lula (por ahorcamiento), la «pareja» de Thomas, por así decirlo. En esos años del ascenso del nazismo, también se quitan la vida muchos de sus amigos y conocidos, entre ellos tres de sus íntimos: Wolfgang Hellmert, Ricky Hallgarten y René Crevel, así como la hija de Arthur Schnitzler y el hijo de Hugo von Hofmannsthal. Todos en 1932, fecha de la que data la primera autobiografía de Klaus, *Kind dieser Zeit* (*Hijo de este tiempo*), donde busca retratar a esa generación que nace bajo el signo de la Gran Guerra y en un tiempo muy convulso en el territorio de habla alemana\* y que, para colmo, des-

\* Una lectura complementaria ideal es la *Historia de un alemán. Memorias (1914-1933)*, de Sebastian Haffner, aunque los Mann no lo conocieron.

ciende de las grandes figuras de la literatura del cambio de siglo, los clásicos de la Modernidad.

A partir de entonces, la vida errante se enlaza con el exilio, y Klaus es uno de los intelectuales más activos en la lucha por conservar la cultura alemana: hasta 1935 es editor de la revista literaria mensual *Die Sammlung* [La colección], que patrocinan André Gide, Aldous Huxley y Heinrich Mann en la editorial Querido de Ámsterdam, una de las dos principales casas que, en los países de exilio europeo, permitieron seguir publicando a los autores vetados por el Tercer Reich (la otra es Éditions du Désastre, de París). También su ritmo de creación es frenético: casi escribe una novela al año (todas en Querido): en 1934, *Huida al norte* [*Flucht in den Norden*]; en 1935, la *Symphonie pathétique*, ambas con temas similares y bastante autobiográficos: el amor homosexual, pero, sobre todo, no correspondido, la soledad, el exilio, el desarraigo, las adicciones...; de 1936 es *Mephisto* y, desde entonces hasta 1939, trabaja en el gran proyecto de *El volcán*, del que hablaremos después en detalle. Y casi siempre está a su lado Erika, de la que también se publicaron numerosos textos de gran calidad; por ejemplo, *Zehn Millionen Kinder. Die Erziehung der Jugend im Dritten Reich* [Diez millones de niños. La educación de la juventud en el Tercer Reich], *Stoffel fliegt übers Meer* [Stoffel cruza el mar en zepelín], un clásico de la literatura infantil, y ensayos de múltiples temas, no menos brillantes que los del hermano, el padre o el tío Heinrich.

★ ★ ★

Sus caminos se separan durante la Segunda Guerra Mundial, cuando Klaus, pacifista en sus inicios, sirve como corresponsal en el ejército de los Estados Unidos de 1941 y 1945, y continúa publicando solo, por ejemplo, su segunda autobiografía *The Turning Point* [El punto de inflexión], en 1942 (en 1952 aparecería

en alemán como *Der Wendepunkt*). Entretanto, la hermana abandona toda actividad como autora y viajera para dedicarse plenamente a su padre, de quien fue asistente, secretaria, agente y albacea. A saber: Thomas Mann falleció en 1955, y Erika, en 1969. La madre, Katia, vivió hasta 1980.

De regreso a la vida civil después de la guerra, Eissi trabaja para algunos periódicos y revistas americanos, y aún publica en Suiza un estudio sobre André Gide: *Die Geschichte eines Europäers* [*André Gide: La historia de un europeo*] en 1948, una ampliación de las investigaciones de *André Gide and the Crisis of Modern Thought* [*André Gide y la crisis del pensamiento moderno*], de 1943, así como la obra de teatro *El séptimo ángel* [*Der siebente Engel*], de 1946, que nunca se ha estrenado, pero que se presentó como lectura dramatizada en Zúrich (y a Thomas Mann le gustó). Erika ya no le acompaña en sus aventuras.

Sin el apoyo de «su mitad», sintiéndose traicionado por la que había preferido al padre, sin conseguir un trabajo estable en años ni el deseado reconocimiento artístico en ningún país, adicto a las drogas desde hacía décadas y, sin duda, también adicto a una vida al límite que ahora se ve con muy malos ojos, Klaus comete un intento de suicidio en la mansión familiar de Pacific Pallisades en 1948, del que consiguen salvarlo.\* Después prefirió alojarse en la casa del director de orquesta y compositor Bruno Walter, amigo de la familia, donde lo visitaban con frecuencia los padres y, sobre todo, Erika, y accedió a someterse a una cura de desintoxicación. Thomas Mann reitera su preocupación por él en sus diarios, aunque da la sensación de que todos contaban con que sólo fuera cuestión de tiempo que se cumpliera un destino anunciado desde hacía décadas. «Tiene demasiado de Carla», había escrito el padre.

En efecto, en cuanto se recuperó medianamente, Klaus regresó a Europa, donde vivió en hoteles hasta que, instalado en

\* Se había cortado las venas y encendido el gas, con lo que el olor alertó a la casa.

Cannes, menos de un año después del anterior intento, el 20 de mayo de 1949 se quitó la vida con una sobredosis de tóxicos. En alemán hay una expresión más bonita que viene a ser «tomó la muerte voluntaria». El único miembro de la familia que asistió a su entierro fue el hermano menor, Michael, quien, en el relato mencionado de Thomas Mann *Desorden y dolor precoz*, aparece retratado como un niño feo y rabioso, «un pequeño basilisco», si bien para entonces había llegado a ser un violinista de renombre internacional. «Bibi» tocó en honor de Klaus en el cementerio local..., y décadas después siguió sus pasos: se suicidó en 1977, nueva muestra de que, en la familia Mann, la realidad superó a muchas de sus ficciones más siniestras.

Por las memorias de Golo se sabe que Erika, en el fondo, no se repuso nunca de la muerte de Klaus; vivió sintiéndose tan incompleta y perdida como él, aunque supiera mantener el tipo en su papel de cabal primogénita. De naturaleza menos atormentada y menos fantásica que Klaus de natural, sus libros y sus numerosos ensayos dan testimonio de una agudeza de pensamiento y una claridad expresiva cuya modernidad aún resulta prodigiosa en nuestros días. A pesar de todo, lo único que publicó después de todas aquellas obras escritas a cuatro manos con Klaus fue una biografía de su padre: *Mi padre, el Mago* [*Mein Vater, der Zauberer*], en 1956. A diferencia de Thomas y de Klaus, no escribió diarios, o no se conservan, y parece ser que velar por la obra de sus dos verdaderos amores fue su ancla para no ser arrastrada al abismo (o al cráter del volcán) en que cayeron sus hermanos y sus tías, del mismo modo en que el padre había encontrado en la disciplina de la escritura todos los trucos de magia necesarios para sobrevivir al «instinto fatal» y seguir siendo el sostén de toda la familia y el gran símbolo de la cultura alemana en todo lugar.

## *El volcán*: realidad, ficción y oscuros presagios

Las primeras ideas para esta imponente novela coral, el proyecto literario más ambicioso y logrado de Klaus Mann, se remontan —como dijimos— a 1936, y enlazan con sus obras anteriores, pero ampliando sus horizontes mucho más lejos de los elementos autobiográficos y del retrato de su generación. En un principio, pensaba cerrar la novela con la anexión de Austria (marzo de 1938), pero sus propias experiencias como cronista del *Pariser Zeitung* en España en el verano de 1938 lo llevaron a integrar también la Guerra Civil española, para lo cual tuvo que construir más tramas y personajes y darle otro final. Así pues, termina la obra ya exiliado en Princeton, en febrero de 1939, y la publica en abril del mismo año en su editorial Querido.

Sobre la publicación de los primeros capítulos en revistas, en 1937 y 1938, Thomas Mann había anotado en sus diarios un escueto «tiene talento», aunque, al terminar Klaus la obra, reconoció cuánto le había gustado y conmovido el enfoque y la construcción en general, así como, en particular, el recurso final de la introducción del ángel, mediante el cual el narrador va mucho más allá de los elementos biográficos e incluso del tema típico del exilio en su sentido más inmediato y no siempre con la trascendencia que consigue Klaus. Puede decirse que es el momento de mayor cercanía entre padre e hijo, y por la (segunda) autobiografía de Eissi se sabe que también fue uno de los momentos más felices de su vida. Con todo lo terrible que es el panorama de los emigrantes que ofrece la novela, el final no deja de ser bastante luminoso, porque termina antes de que todo fuera infinitamente peor. La trama está enmarcada por dos cartas que establecen un marco entre el 20 de abril de 1933, casi tres meses después de la toma de poder de Hitler, y el 1 de enero de 1939... Nueve meses justos antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial y cuatro antes del final de la Guerra Civil española.

Resulta estremecedor leerla desde la distancia y, partiendo de la ilusión que aún late en ese final de la obra, se entiende muy bien que su autor no fuera capaz de vivir en el mundo que se hizo realidad, tan alejado de los ideales de su ficción.

El destino de la propia novela también fue muy desafortunado, pues, aunque recibió los elogios personales de Stefan Zweig y Lion Feuchtwanger, apenas había pasado un año de su publicación cuando los nazis ocuparon los Países Bajos (mayo de 1940), cerraron las editoriales y revistas de los exiliados alemanes y realizaron nuevas quemaduras de libros, como las de 1933 (pronto sucedería lo mismo en París). Con la ocupación y la guerra en Europa comienza la segunda etapa del exilio alemán, conocida como «exilio de ultramar», cuya principal consecuencia cultural fue que muchos autores y obras quedaron relegados al olvido, porque se rompieron las redes entre ellos y los lazos que pudiera tener cada uno con el resto de los países.

En 1940, *El volcán* no había tenido tiempo de publicarse en inglés en los Estados Unidos, y lo que también allí ocupó pronto el primer plano fue la guerra, no la literatura. El estado de emergencia mundial y la situación económica dejaron al margen muchos proyectos culturales, no sólo los relacionados con los emigrantes europeos, que además fueron los primeros descartes. Klaus, de hecho, había sido bien acogido en América, hablaba muy bien el idioma, se había integrado en el ejército como corresponsal y publicaba con regularidad. Ahora bien, para representantes de la cultura alemana —de «la otra Alemania», como se conocía a los alemanes antifascistas desde 1933— ya habían elegido antes a otros mucho más famosos y estables; y el número uno era Thomas Mann, con su célebre frase: «La cultura alemana está allí donde me encuentre yo».

★ ★ ★

*El volcán* volvió a editarse en 1956, aunque con importantes cortes por parte de Erika; entre ellos, justo la parte de la Guerra Civil española (sobre la que ella misma había escrito crónicas magníficas, admirada por el coraje de las tropas republicanas y por ideales como el de ilustración del pueblo como única vía para alcanzar la paz), algunos detalles personales y la escena en que se unen todos para cantar «La Internacional». No podemos olvidar que es la época de la plena Guerra Fría\* y que la sociedad de los años cincuenta es infinitamente más conservadora que la de los treinta, con lo cual los personajes principales—Marion y Martin en la ficción; Erika, Klaus y sus amigos bohemios en la realidad— no se antojan héroes adecuados para representar a «la otra Alemania». Así pues, la obra tampoco tiene el éxito merecido ni se incorpora al canon de autores exiliados al que sí pertenecen Stefan Zweig, Lion Feuchtwanger, Joseph Roth o, por ejemplo, los escritores de novela de guerra como Ludwig Renn o Erich Maria Remarque, pues sus figuras son mucho menos excéntricas y oscuras que las de Klaus Mann. Claro, al haber recortado las partes donde se pone de relieve el elemento antifascista y la faceta más política de la obra o donde aparecen personajes defensores del socialismo, Klaus tampoco despierta especial interés en la República Democrática; se le sigue viendo como «el hijo bohemio y homosexual confeso del gran Thomas», sin pensar que su obra podía tener elementos comunes con autores abiertamente comunistas, como Bertolt Brecht o Anna Seghers (y *El volcán* no queda, ni mucho menos, a la zaga de su *Transit*, considerada el paradigma de novela del exilio) y sin llegar a investigar siquiera su afinidad con el tío Heinrich, a quien habían nombrado pre-

\* Aquí hay dos fechas clave: en 1953 se produce el levantamiento de los obreros en la Alemania del Este que aplastan los tanques soviéticos; en agosto de 1961 se construye el muro de Berlín.



sidente de la Academia de las Artes de la RDA en 1949, aunque murió antes de incorporarse al cargo.

No es posible afirmar con rotundidad que el modelo para el tímido profesor Abel de la novela, que al final triunfa en los Estados Unidos como catedrático de universidad y aplaudido conferenciante, fuera necesariamente Thomas Mann. No parece desatinado que, en 1939, Klaus pensara más en el tío Heinrich; o quizá sea una mezcla de ambos junto con otros intelectuales y artistas emigrados: pensemos también en Adorno, en Schönberg o en Anni y Josef Albers en el terreno de la pintura. La acción de la novela termina en enero de 1939, una fecha que no resulta demasiado temprana para imaginar cuánto ascendería Thomas Mann, pero sí para aventurar el triste destino de Heinrich, que nunca conseguiría abrirse camino en el exilio (ni aprender inglés como para poder dar ninguna clase) y acabaría casi tan olvidado por la posteridad como su sobrino. Cuando se escribe la obra, el tío está exiliado en Niza, y en 1940 cruza los Pirineos a pie por Port Bou (junto con su esposa Nelly, Alma y Franz Werfel y el tercero de los hijos de Thomas Mann: Golo), para llegar finalmente a embarcar rumbo a América en Portugal. Aún es el gran representante de la Alemania más progresista y antiguillermana, y los espacios y redes de exiliados políticos en Francia y España que aparecen en la novela en parte coinciden con su recorrido.

Es innegable que la principal protagonista femenina, Marion, tiene como modelo a Erika: ella sí que es una heroína con mayúsculas, siempre fuerte, valiente y triunfadora a pesar de cualquier circunstancia, y el éxito que logra como creadora y recitadora de cabaret político en la novela viene a representar un destino ideal de Die Pfeffermühle [«El molinillo de pimienta»], el cabaret que fundó en 1933 y que, a pesar del éxito en el Múnich de la alocada época de Weimar, luego no halló continuidad en el exilio. También ella habría sido muy capaz de pronunciar

conferencias en universidades americanas al mismo nivel que el profesor de la novela y el padre de la realidad, y en 1939 Klaus no podía imaginar que no iba a ser así. Martin, el amigo íntimo homosexual con quien Marion emigra y vive la noche de París, igual que los «mellizos Mann», parece un *alter ego* de Klaus por el tema de las adicciones y la homosexualidad que mencionamos antes, pero también se parece mucho a amigos suyos como Wolfgang Hellmert, Ricki Hallgarten o René Crevel, y a este último también se lo puede identificar con el amante de Martin, Marcel Poiret.

En *El volcán* encontramos una vuelta de tuerca más sobre el tema de la simbiosis entre un hombre y una mujer que nunca podrán ser pareja, pero también sobre el tema de las diferencias entre hermanos que comparten herencia genética y experiencias de muchos años, pero tienen distinto carácter y muy distinta suerte. Enseguida llama la atención que los nombres de los protagonistas empiecen incluso con la misma sílaba (Marion y Martin), pero son amigos, no un hermano y una hermana que se quieren sospechosamente más de lo que está bien visto, como los de *Hermanos* o los de *Encuentro en el infinito* (en esta novela, empezaban con la misma letra: Sonia y Sebastian). Sin duda, no es casualidad que, en *El volcán*, la sensata Marion también tenga una hermana menor, Tilly, que recorre los mismos escenarios (hay escenas paralelas en cierta habitación de hotel, recordando la casa de los abuelos), pero no los interpreta igual ni sigue los mismos caminos, porque no es tan fuerte como la mayor y no consigue superar el dolor de los fracasos amorosos, trauma que Klaus también recoge una y otra vez en los diarios. Hay mucho de Klaus en Tilly, la hija que preocupa a la madre, porque la ve con poca fuerza vital.

También es muy probable que el personaje de la madre de las dos hermanas —la señora es viuda, aquí sí han matado al padre antes de empezar la novela— recree la actitud de Katia Mann,

gran señora burguesa de cierta edad a la que le cuesta años asumir que está en exilio y no de veraneo en Suiza (donde, en efecto, se encontraba el matrimonio Mann en 1934, cuando los hijos mayores les suplicaron que no volvieran a Alemania); y no sería la única de su posición a la que le pasara lo mismo. Luego, la vida que emprende Katia no tiene nada que ver con el desarrollo de su personaje en la ficción al lado de su gran amiga actriz Tilla (nombre que lleva automáticamente a Tilla Wedekind, viuda del dramaturgo, actriz y madre de Pamela), y, si algo vuelve a llamar la atención, es que esas dos madres ficticias muestran un comportamiento bastante más maternal y cariñoso del que debieron de mostrar las reales.

Son muy numerosos los elementos de ficción inspirados en personas o acontecimientos reales, pero, salvo en el caso de Marion, no se da una equivalencia tan simple como para establecer relaciones de uno a uno. Casi siempre encontramos rasgos biográficos de varias personas fusionados en una sola figura de ficción; o, al contrario, elementos autobiográficos de Klaus repartidos entre varias, y, como tercera opción, trayectorias idealizadas que ya se sabían descartadas en la vida real, pero no dejaban de aportar algo de luz.

Muy vinculado a la biografía de Erika y Klaus y de especial interés para los lectores de la novela en español es toda la parte que se refiere a la Guerra Civil, a la presencia de las Brigadas Internacionales con el frente republicano y a la gran importancia que tiene esta lucha, no sólo como realidad, sino como idea para los exiliados de habla alemana. Si en Alemania suben al poder los nazis en 1933, Austria se convierte en una dictadura fascista a un paso del Anschluss tras una breve guerra civil en 1934 que acaba con la Segunda República. Como refleja muy bien la novela, unirse a las Brigadas Internacionales era, para los antifascistas del territorio de lengua alemana, una forma o una alternativa de exilio que los diferenciaba de los brigadistas ingle-

ses y franceses o americanos. Para quienes ven sus países dominados por la propaganda más aplastante, no sólo las ideas políticas, sino también algunos proyectos de la Segunda República española, como la educación del pueblo (pensemos en todas las reformas de la Escuela Normal y las Misiones Pedagógicas), son un modelo, casi un sueño.

Es muy conocido que fueron periodistas de guerra en España Ernest Hemingway, Aldous Huxley o André Malraux, pero no que también los dos mayores de los Mann estuvieron muy comprometidos con la lucha antifascista y fueron corresponsales (Klaus de la prensa francesa y Erika de la holandesa) durante la guerra en España; no sólo fueron unos frívolos de sexualidad dudosa, siempre dispuestos a meterse en líos y dilapidar los dineros de su ilustre padre en viajes y juergas nocturnas. Entre junio y julio de 1938, desoyendo todas las advertencias de sus amigos del peligro que corrían, Erika y Klaus, en compañía de Ludwig Renn, recorrieron prácticamente todos los frentes: entraron por el puerto de Valencia, estuvieron en Elche y en Tortosa, también en Barcelona, en el Ebro, en Brunete y en la Ciudad Universitaria de Madrid. Conocieron a muchos escritores e intelectuales españoles, se interesaron por la vida cotidiana e incluso entrevistaron a soldados alemanes de la Legión Cóndor. En los archivos (en Múnich), se conservan documentos de Klaus como visados de los puertos y su carnet del *Pariser Zeitung*, y, además de los episodios que recoge *El volcán*, están incluidas en los ensayos de ambos las doce o catorce crónicas en total que publicó la prensa de esas fechas. La colección de Klaus se titula *Das Wunder von Madrid [El milagro de Madrid]*. Tuvieron en mente reunirlos en un libro sobre España, otro a cuatro manos, pero no llegaron a hacerlo.

★ ★ ★

La primera edición alemana completa de *El volcán* es de 1981, y en 1999 se estrenó una adaptación al cine (de Ottokar Runze), con lo que volvió a editarse la novela y tuvo algo más de difusión. A diferencia de lo que había sucedido en los años cincuenta, ahora ya se sabía tanto sobre el exilio, se había publicado tanto y ya había tantos autores reconocidos que la novela no resultó novedosa en especial, de manera que Klaus Mann sigue siendo mucho más conocido por *Mephisto*. Incluso en este caso, la obra quizá debe gran parte de su fama a la adaptación cinematográfica de István Szabo, de 1981 (con Klaus Maria Brandauer en el papel principal), y no sólo entronca con la larga tradición de obras inspiradas en el mito de Fausto, sino que despierta, por así decir, más morbo. A pesar de que es una notable reducción del alcance de los temas y el pensamiento del autor, en el mundillo del teatro encajaban más los personajes excesivos de sus obras y su propia biografía. De hecho, sí puede considerarse a Klaus autor de referencia de lo que en su día no existía pero que hoy son los *queer studies*, aunque su «salida del armario» no fue tan revolucionaria en su momento ni es tan central en su obra. Para empezar, porque Eissi nunca consideró necesario esconderse en ningún armario; en la época de Weimar —o al menos en una parte de su sociedad—, eran mucho más amplios de miras que en cualquier tiempo posterior, y la condición sexual no era algo que condicionase la temática de la totalidad de una obra y, mucho menos, el resto de la actividad profesional, política y vital.

Analizando su biografía, lo que la determinó fue más bien lo contrario, vivir siempre demasiado expuesto: en lo personal, desprotegido ante la presencia de la muerte desde muy pequeño; en lo profesional, aplastado por la tremenda sombra del padre; en lo cultural o —en términos muy prosaicos— de cara a un mercado literario, sin suelo donde echar raíces con buenas perspectivas de futuro prácticamente desde que despegó como es-

critor. Valga una metáfora algo irreverente para un autor de su coraje, su profundidad y su fuerza creativa: Klaus Mann nunca necesitó salir del armario, pero, por desgracia, fue incapaz de evitar que el mundo lo encerrase en un cajón.

Con esta nueva edición de la que, sin duda, es su mejor obra, además de uno de los mejores mosaicos del exilio alemán en particular y, tristemente, de todos los exilios en general, esperamos aportar un grano de arena a sacarlo de ese cajón, para que, de una vez por todas, ocupe el lugar que merece en las estanterías. Y tiene motivos especiales para estar en las españolas, no sólo por su vinculación a nuestra propia memoria histórica, sino por lo necesario que es mirar al pasado para aprender a evitar los mismos errores en este presente que tan a menudo parece un volcán a punto de entrar en erupción.

Isabel García Adánez  
Madrid, 2022

## Nota bibliográfica

Aunque este prólogo no pretende ser un texto académico, debo mencionar mi agradecimiento a tres libros. El primero es la edición de *Der Vulkan. Roman unter Emigranten* utilizada para la traducción de la obra, y que contiene un epílogo muy esclarecedor de Michael Töteberg (Fischer, Reinbek bei Hamburg, 1999). Gran parte de los datos sobre la inmensa red de elementos biográficos de los Mann que reaparecen como motivos en la ficción y las obras de testimonio de muchos de ellos se los debo a *La familia Mann*, de Marianne Krüll (traducida por Adan Kovacsics, Edhasa, Barcelona, 1992); a saber: del original alemán, *Im Netz der Zauberer*, se hizo una nueva edición revisada y ampliada con motivo del cincuenta aniversario de la muerte de Thomas Mann (Fischer, Fráncfort, 2005). Por último, recomiendo *El exilio alemán (1933-1945). Textos literarios y políticos*, una amplísima selección y traducción organizada por temas y con un extenso estudio introductorio de Ana Pérez López; es una obra fundamental para comprender en toda su complejidad lo que supone esta época para la cultura en lengua alemana de todo el siglo xx (Marcial Pons, Madrid-Barcelona, 2008).

## Prólogo

Un joven, sentado en un cuarto de pensión de Berlín, escribía una carta.

*Berlín, 20 de abril de 1933*

*Querido Karl:*

*Espero que hayas llegado bien a París y que estés bien. Una vez estuve diez días allí —ya sabes, cuando fui con aquellos tres chavales de nuestra clase—. A ti no te dejaron ir tus padres porque decían que la vida en París era demasiado peligrosa para un muchacho. Lo más hermoso que recuerdo de París es la vista de los Champs Elisées desde la Place de la Concorde hasta el Arc de Triomphe. Es realmente magnífica. En el fondo, me da un poco de envidia que ahora puedas disfrutarla a diario. Me pregunto si tendrás muchas dificultades con el idioma y si te arrepientes de haber sido tan redomadamente vago en la escuela, sobre todo en clase de francés. Aunque imagino que en París el francés se aprenderá casi de forma espontánea.*

*Querido Karl: pienso en ti muy a menudo. (Casi siempre que no tengo otra cosa que hacer.) En cómo te irá y si no te arrepientes de tu decisión. Porque es una decisión en verdad difícil la de separarse de este modo de la patria.*

*He estado dándole vueltas a todo esto en las últimas semanas, y estoy plenamente convencido de una cosa: has cometido un error.*

*No me malinterpretes, Karl: es un error muy comprensible el que has cometido. Pero no deja de ser un error.*



No sé si aún tiene algún sentido intentar convencerte: ¡vuelve! Me temo que ya no tiene sentido. Cuando hace tres semanas te dije adiós en la estación del Zoo lo presentí, supe que no volveríamos a vernos en mucho tiempo.

Claro que también podrías cambiar de opinión y regresar adonde perteneces. Dado que eres «ario», como se dice ahora, y que tus antiguos patrones tienen buenos contactos, seguro que te perdonarían todos tus pecados si explicas ahora que no ha sido más que una insensatez por tu parte, un arrebato de juventud.

También es verdad que ibas a sentirte como un patán por dar semejante explicación. Pero quizá sea lo más inteligente y lo más honesto que puedas hacer en este momento. Porque ahora necesitamos aquí a gente como tú. Aquí y ahora es donde podéis ser útiles, nada más que aquí.

¿Qué vas a hacer tú en el extranjero? ¿Hablar mal de los alemanes entre los franceses? ¡Pero Karl! ¡Tè conozco! Eres incapaz de hacer algo así. Sabes demasiado bien que los franceses tienen parte o incluso toda la culpa de este nacionalismo radical que se está dando en Alemania y que tanto lamentamos. No sólo tiene la culpa el Tratado de Versalles (aunque siga siendo la más profunda y la verdadera causa del caos que reina en Europa), sino la forma en que nos han humillado los franceses en general durante todos estos años. Es cierto que habíamos perdido nuestro orgullo nacional.

La cuestión es si vamos a recuperarlo ahora. Ya sé que tú no lo crees —y que tampoco desconoces que yo también tengo serias dudas al respecto—. Nunca he sido nazi (a ti más que a nadie se lo tengo que asegurar) y nunca lo seré. No pienso afiliarme al Partido, no temas —ni siquiera se me ha pasado por la cabeza—. Seré buen chico, haré la reválida y luego me dedicaré a algo decente.

No soy nazi, y además reconozco que aquí se han hecho cosas muy feas en los últimos meses. Todas las personas respetables están de acuerdo y todos nosotros creemos que tal vez fuera inevitable a la vista de un gran cambio. Y no se puede negar que se está preparando un

gran cambio, que toda Alemania está despertando como nación. Por todas partes se percibe un enorme entusiasmo. Tal vez este entusiasmo pudiera engendrar algo hermoso, provechoso, positivo; algo que hiciera mucho bien a Europa y mucho en favor de la paz.

Pensarás que soy demasiado optimista. Quizá lo sea. Quizá todo termine de otro modo no tan bueno. Pero por más que vengan años duros para Alemania, yo voy a quedarme. Si el Führer decepciona a todos esos seguidores entusiasmados e idealistas; y sobre todo: si decepciona a los jóvenes. Entonces surgirá un movimiento de oposición, y esa oposición encarnará todas nuestras esperanzas... Si hiciera falta me sumaría a esa oposición, a esa resistencia, del mismo modo que hoy estoy entre los partidarios. Me parece una opción más valiente y más sensata que marcharse al extranjero. Perdona que sea tan duro, Karl, pero tu marcha tiene algo de desertión.

Mi padre, con quien ayer mantuve una larga conversación sobre estos asuntos, me da la razón. Ya conoces al viejo: un oficial prusiano como los que salen en las enciclopedias. No se acaba de fiar de ese «cabo venido de Bohemia», como supuestamente ha llamado Hindenburg a Hitler. Pero también dice: hay que reconocer que sopla un viento nuevo, un nuevo espíritu en Alemania. Nadie sabe en qué acabará esto, pero podría ser algo grande. De repente, los jóvenes tienen otra cara, fresca, radiante (eso opina mi señor padre). «¡Debes quedarte aquí, muchacho!», me ha dicho. Ya sabes que no sobrestimo su inteligencia en absoluto, pero es cierto que me ha impresionado. Te cuento todo esto para que veas que he reflexionado a fondo.

Voy a darle esta carta a Kurt B., que mañana también se va a París. Ya no puede uno fiarse de enviar una carta semejante por correo... Kurt B. dice que pronto no habrá quien aguante en Alemania y que a continuación cerrarán las fronteras, así que es mejor marcharse con antelación. Claro que Kurt es judío y juzga las cosas desde un punto de vista distinto del nuestro; poniéndome en su lugar pienso que tiene toda la razón.

*Es posible que también tú tengas razón, Karl. No quiero discutir contigo ni tampoco quiero reprocharte nada. Sólo quiero explicarte cómo me siento y qué es lo que pienso.*

*Pienso y siento: nuestro lugar está aquí. Aquí es donde hemos de quedarnos, donde hemos de luchar, donde se nos necesita. En el extranjero no se nos necesita.*

*Estoy en contra de la emigración.*

*Muchos de los que se marchan se arrepentirán pronto. Tendrán una vida amarga y, además, les remorderá la conciencia. Irán de un país a otro como los gitanos; no los querrán en ninguna parte; estarán desarraigados, desaparecerá el suelo bajo sus pies y muchos acabarán sus días en la miseria. Lo veo venir. Espero de corazón que logres construir una nueva vida ahí fuera. Posibilidades tienes, pues siempre has sido muy trabajador. Me alegraré infinitamente si pronto me entero de que has conseguido un buen empleo en París o donde sea. Aunque más aún me alegraría recibir mañana un telegrama en el que me dijeras: me he dado cuenta de mi error. Regreso a Alemania.*

*Pero eso no va a pasar. ¡Eres terco como una mula, viejo amigo!  
¡Mucha suerte!*

*Tu compañero,  
DIETER*

Dieter quedó bastante agotado cuando terminó de escribir todo esto. Una carta tan larga (eso le parecía) no la había redactado en su vida. Se recostó en el sillón.

Era un joven bien parecido, de cabello rubio y cráneo alargado, frente despejada, ojos azules y boca carnosa. Su expresión era un poco infantil. Su cara no tenía ni una sola arruga.

Por la calle pasó una tropa de soldados de las SA que cantaban. Dieter se acercó a la ventana para escucharlos. La canción no le gustó. Además, sus voces no eran nada agradables. Cerró la ventana.